

Antonio Cipriano José María Machado Ruiz.

(Sevilla, 26 de julio de 1875 - Colliure, Francia, 22 de febrero de 1939)

La naturalidad de la sencillez

Antonio Machado

Ismael Muñoz Linares

Este artículo es una personal y modesta invitación a la lectura serena, o relectura, de Antonio Machado, un poeta que acompañó nuestro obligado acercamiento adolescente a la poesía. Fue referente de la Generación del 98, aquel grupo de intelectuales marcado por la pérdida de la última colonia, un profundo “dolor por España”, críticos a la vez con la oligarquía corrupta gobernante y con la España más inculta a la que consideran atrasada, llena de envidia y de insolidaridad. Y, sin embargo, profundo admirador de la sencillez austera castellana y de sus campos, esencia de verdad y de su ideal de España.

Los miembros de la Generación del 98 son librepensadores, no creyentes pero preocupados por el sentido de la vida y lo que hay “más allá” de la muerte; buscan la esencia de “lo español”, su personalidad y psicología histórica, para darle un respiro intelectual a un país autoflagelado y marcado por el pesimismo, para encontrar ellos mismos respuestas a su desasosiego e inconformismo. Castilla, sus pueblos, sus paisajes y sus gentes se revelan como la esencia de esa personalidad española. Y el lenguaje sobrio, sencillo, de fácil comprensión, directo, de frases cortas y certeras, alejados de floridos adornos, es su seña de identidad artística.

Antonio Machado es el poeta de referencia de esa generación, un hombre sencillo que representa perfectamente las características literarias e intelectuales de todos ellos: el compromiso ético y el valor del magisterio.



... Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.
Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una...

Retrato. *Campos de Castilla*. Antonio Machado.

Miguel de Unamuno, el gran referente intelectual, Pío Baroja, Ramón del Valle Inclán, José Martínez Ruiz “Azorín”, Antonio Machado, Ángel Ganivet y Ramiro de Maeztu son los grandes exponentes de la Generación del 98.

SORIA, CASTILLA Y ESPAÑA

Campos de Castilla, la obra más conocida de Antonio Machado, es también uno de los mayores exponentes de la íntima relación entre literatura y naturaleza de los escritores españoles. Fue publicada en 1912, a la muerte se de su mujer Leonor, después de tres años como profesor de francés en un instituto de Soria.

A la visión impresionista del paisaje Machado suma su visión moral o psicológica con el retrato de personas, las que dan “alma” al paisaje. El poeta humaniza el paisaje soriano, la quintaesencia del paisaje castellano y, por extensión, un símbolo de España.

Es la tierra de Soria, árida y fría.
Por las colinas y las sierras calvas,
verdes pradillos, cerros cenicientos,
la primavera pasa
dejando entre las hierbas olorosas
sus diminutas margaritas blancas.

La tierra no revive, el campo sueña.
Al empezar abril está nevada
la espalda del Moncayo;
el caminante lleva en su bufanda
envueltos cuello y boca, y los pastores
pasan cubiertos con sus luengas capas...

Campos de Soria. *Campos de Castilla*. Antonio Machado

El paisaje de Machado es un paisaje con personas que sufren, aman, odian, trabajan, viven y transforman su entorno. No es una postal idílica de paisaje soñado, bucólico y romántico; es un paisaje hecho por las personas, que forman parte de él como el río, la montaña, los chopos o las águilas. Son esas personas quienes, con esfuerzo, sacrificio, trabajo, pasiones y “pecados capitales”, han hecho el paisaje que se clava en la pupila del poeta. Cuando Machado mira la sierra, los campos y los árboles ve a personas y sus miedos, sus necesidades y necedades, con su cultura y tradiciones, con el espíritu y la carga de la memoria de sus antepasados, con su ignorancia y avaricia, su constancia y con su esencia. Refleja una relación dura, de influencia mutua, que ha forjado el paisaje y el carácter de sus habitantes.

Manuel Núñez Encabo, presidente de la Fundación Antonio Machado, lo explica así: “Machado habla de paisaje con alma y de paisaje con personas. Esto supuso un cambio total en la poesía española, con la profundidad de las personas que conviven, sufren y también disfrutan de la naturaleza. Supuso un descubrimiento para la poesía universal al hablar del paisaje al mismo tiempo que de las personas, que son las que le dan alma y movimiento”.

Miguel de Unamuno resumía en una frase esa forma de mirar de Antonio Machado: “capaz de ver al paisaje y al paisanaje”.

Tan fuerte es la importancia de la naturaleza en su obra que la Fundación Antonio Machado, que tiene su sede en Soria, organiza desde hace tres años el Premio Nacional Antonio Machado para “impulsar propuestas que tengan como objetivo su cuidado, protección y desarrollo sostenible” de

la naturaleza. El premio, dirigido a estudiantes de educación primaria, educación secundaria, bachillerato, formación profesional y títulos de grado medio, se desarrolla bajo el lema La educación en la protección y desarrollo de la naturaleza y el medio ambiente en el marco de la Agenda 2030, y reconoce las mejores aportaciones en el ámbito de la poesía, narrativa, arte visual, arte audiovisual, concurso de preguntas, iniciativas machadianas e interpretación musical.

VII

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo
del corazón, tristeza,
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria
donde parece que las rocas sueñan,
conmigo vais! ¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenas roquedas!...

IX

¡Oh, sí! Conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrepita,
me habéis llegado al alma,
¿o acaso estabais en el fondo de ella?
¡Gente del alto llano numantino
que a Dios guardáis como cristianas viejas,
que el sol de España os llene
de alegría, de luz y de riqueza!

Campos de Soria. *Campos de Castilla*. Antonio Machado

Pero, al hablar de las personas que habitan y transforman el paisaje, no lo hace con paternalismo, ni falsa benevolencia, condescendencia o complejo de superioridad. Machado retrata lo que ve y lo que siente. Sus brochazos dejan en ocasiones un cuadro duro que no busca aplausos fáciles.

El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra,
antaño hubo raído los negros encinares,
talado los robustos robledos de la sierra.
Hoy ve a sus pobres hijos huyendo de sus lares;
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.
Es hijo de una estirpe de rudos caminantes,
pastores que conducen sus hordas de merinos
a Extremadura fértil, rebaños trashumantes
que mancha el polvo y dora el sol de los caminos.

Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto,
hundidos, recelosos, movibles; y trazadas
cual arco de ballesta, en el semblante enjuto
de pómulos salientes, las cejas muy pobladas...

Por Tierras de España. *Campos de Castilla*. Antonio Machado

Escribir versos tan crudos no le privó del cariño y reconocimiento como hijo adoptivo de Soria el 16 de julio de 1932. Machado escribe unas líneas de agradecimiento publicadas en *El Porvenir Castellano*, el 1 de octubre de ese mismo año.

...Toledo es, ciertamente, imperial, un gran expolio de imperios. Ávila, la del perfecto muro torreado es en verdad mística y guerrera, o acaso mejor como dice el pueblo, ciudad de cantos y de santos. Burgos conserva todavía la gracia juvenil de Rodrigo y la varonía de su guante mallado, su ceño hacia León y su sonrisa hacia la aventura de Valencia. Segovia con sus arcos de piedra, guarda las vértebras de Roma.

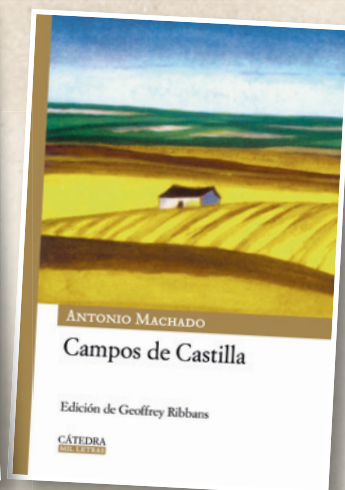
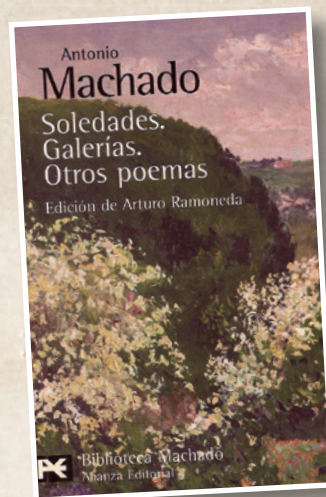
Soria, sobre un paisaje mineral, planetario, telúrico. Soria, la del viento redondo con nieve menuda que siempre nos da en la cara, junto al Duero adolescente, casi niño, es pura... y nada más...

...Y hombres de otras tierras que cruzaron sus páramos no han podido olvidarla. Soria es, acaso, lo más espiritual de esa espiritual Castilla, espíritu a su vez, de España entera. Nada hay en ella que asombre o que brille y truene. Todo es sencillo, modesto, llano. Contra el espíritu redundante y barroco que sólo aspira a exhibición y a efecto, buen antídoto es Soria, maestra de castellanía, que siempre nos invita a ser lo que somos y nada más. ¿No es esto bastante?...

El libro *La naturaleza en la obra de Antonio Machado*, de Carlos López Bustos, publicado por ICONA en 1989, es un recopilatorio de los poemas en los que Machado refleja su particular y emotiva visión de las distintas especies vegetales y animales. Encinas, pinos, madroños, cambronerías y zarzas, robles, hayas, olmos y sauces han protagonizado alguno de los versos más reconocibles de Machado. Pero también aparecen rosales, palmeras, el castaño, la hiedra, el laurel, el mirto y el eucalipto. Y no podemos olvidar las especies agrícolas como el olivo, la vid y los cereales; o las flores y plantas aromáticas, las adelfas, juncos y cañas. Pero no se quedó ahí porque insectos, aves y mamíferos forman parte de sus poemas con la misma naturalidad con la que forman parte del paisaje, alegorías de los sentimientos y las preocupaciones que le afligen.

Anoche cuando dormía
Soñé, ¡bendita ilusión!,
Que una colmena tenía
Dentro de mi corazón,
Y las doradas abejas
Iban fabricando en él,
Con las amarguras viejas,
Blanca cera y dulce miel...

Anoche cuando dormía
Soñé, ¡bendita ilusión!,
Que era Dios lo que tenía
Dentro de mi corazón.



Nadie ha sabido decirle a una sencilla encina lo mucho que representa para el paisaje, y las personas que lo habitan, de la forma como lo ha hecho Machado.

¡Encinares castellanos
en laderas y altozanos,
serrijones y colinas
llenos de oscura maleza,
encinas, pardas encinas;
humildad y fortaleza!
Mientras que llenándoos va
el hacha de calvijares,
¿nadie cantaros sabrá,
encinares?...

¿Qué tienes tú, negra encina
campesina,
con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con tu tronco ceniciento
sin esbeltez ni altiveza,
con tu vigor sin tormento,
y tu humildad que es firmeza?...

El mítico olmo de la ribera del Duero es otra imborrable simbología de sí mismo, de su madurez y esperanza, escrito en Soria en 1912.

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento...

... Mi corazón espera
también hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

Podemos intentar definir la personalidad de cualquier autor tras analizar su obra. Si se tratase exclusivamente de un ejercicio subjetivo, de lo que nos sugiere, provoca o estimula,



cada persona podría llegar a conclusiones muy diferentes sobre el autor en cuestión. Una de las virtudes de Antonio Machado es que su sencillez y concisión permiten entenderlo fácilmente, quizás sea una de las razones de la popularidad de su poesía, la naturalidad de su lenguaje es una demostración de su personalidad.

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.
Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
más recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.
Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno...

...Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con ese buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.
Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.
Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

LA NATURALEZA EN SU PROSA

Pero no todo en Antonio Machado es poesía, también en sus artículos en prensa y conferencias expresa sus opiniones sobre la naturaleza y el hombre. Algunas tan curiosas como estas en las que muestra su poca afición por el ejercicio físico en su libro *Juan de Mairena (sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo)*

Para crear hábitos saludables que nos acompañen toda la vida, no hay peor camino que el de la gimnasia y los deportes, que son ejercicios mecanizados, en cierto sentido abstractos, desintegrados, tanto de la vida animal como de la ciudadana. Aun suponiendo que estos ejercicios sean saludables —y es mucho suponer—, nunca han de sernos de gran provecho, porque no es fácil que nos acompañen sino durante algunos años de nuestra efímera existencia. Si lográsemos, en cambio, despertar en el niño el amor a la naturaleza, que se deleita en contemplarla, o la curiosidad por ella, que se empeña en observarla y conocerla, tendríamos más tarde hombres maduros y ancianos venerables, capaces de atravesar la sierra de Guadarrama en los días más crudos del invierno, ya por deseo de recrearse en el espectáculo de los pinos y de los montes, ya movidos por el afán científico de estudiar la estructura y composición de las piedras o de encontrar una nueva especie de lagartijas.

Y no menos interesante, y en parte actual, es este otro fragmento de la misma obra en la que se atisba una diferencia de intereses con respecto a la naturaleza entre el habitante de la ciudad y el “campesino”, o habitante del pueblo.

XXVII

Pero no debemos engañarnos. Nuestro amor al campo es una mera afición al paisaje, a la Naturaleza como espectáculo. Nada menos campesino y, si me apuráis, menos natural que un paisajista. Después de Juan Jacobo Rousseau, el ginebrino, espíritu ahito de ciudadanía, la emoción campesina, la esencialmente georgica, de tierra que se labra, la virgiliana y la de nuestro gran Lope de Vega, todavía, ha desaparecido. El campo para el arte moderno es una invención de la ciudad, una creación del tedio urbano y del terror creciente a las aglomeraciones humanas.

¿Amor a la Naturaleza? Según se mire. El hombre moderno busca en el campo la soledad, cosa muy poco natural. Alguien dirá que se busca a sí mismo. Pero lo natural en el hombre es buscarse en su vecino, en su prójimo, como dice Unamuno, el joven y sabio rector de Salamanca. Más bien creo yo que el hombre moderno huye de sí mismo, hacia las plantas y las piedras, por odio a su propia animalidad, que la ciudad exalta y corrompe...

Las posibles similitudes con el presente es un ejercicio que dejo al interés del lector.

